

completamente á su mision, y aprendió en poco tiempo las delicadezas del oficio y las picardias de la venta.

Se granjeó por su dulzura y condescendencia, por la sencillez de sus modales, la amistad de sus compañeras y estinguió las celosas preveniciones que su belleza suscitó en un principio.

Pudo, pues, gozar de algunas semanas de tranquilidad, y además, por otra parte, encontró una distraccion á sus preocupaciones y á sus temores.

Una noche que se retiraba muy temprano, el abuelo Gombault, siempre muy afectuoso con las dos hermanas, la llamó diciéndola:

—¡Una carta para vos, señorital

## XII

## Declaracion.

Juana Barfleur alargó la mano.

—¿No ha venido mi hermana?—preguntó.

—Todavía no.

—Está bien, voy á buscarla.

Subió primero á su habitacion, deseosa de saber lo que contenia aquella carta.

¡Estaba agitada por un dulce presentimiento, y sin embargo te na miedo!

¡Solo *el* podia escribirla.

¡*El!*

¡Si usaria el mismo lenguaje que los otros!

¡Qué decepcion!

Despues de haber estado quince dias sin aparecer por su domicilio, iba desde hacia poco tiempo casi todas las noches.

Y durante aquellas hermosas noches de primavera, las dos hermanas oian la voz del interno que cantaba las más apasionadas óperas italianas y francesas.

Las ventanas de los alrededores de los jardines se llenaban de aficionados, y algunas veces sonaban aplausos detrás del follaje.

Para Juana, aquellos cánticos, que oía con delicia, eran otras tantas declaraciones que pasaban á través de las ramas de los árboles para llegar á su corazón.

Pero Andrés no iba ya á la calle Vizconti.

Permanecía solo, ó acompañado por algunos de sus compañeros, una ó dos horas en su casa. Juana veía encender y apagar las luces; oía algunas carcajadas de aquella loca juventud; observaba las largas miradas dirigidas á su balcón, y todo entraba en el silencio y la oscuridad.

Las noches que sabía que el interno estaba cerca de ellas, era feliz. Escuchaba en un éxtasis profundo aquellas serenatas cantadas á veces á media voz y que adivinaba eran cantadas para ella.

Todo lo decía, todo, pero Colette más que todo lo demás:

—Te adora—la repetía á cada instante.

Sin embargo, durante aquellas semanas de calma para su hermana, Colette perdía poco á poco su regocijo y su alegría.

A veces entraba sombría y descontenta, y cuando la otra, alarmada por aquel cambio, la preguntaba, no contestaba más que con evasivas.

Por otra parte, los fondos de las dos pobres jóvenes estaban muy mermados.

Hasta entonces no habían ganado casi nada en el *debut* de sus aprendizajes, no las quedaban más que algunos luises.

Habían tenido que pagar el alquiler de la casa, comprar algunos objetos de primera necesidad, olvidados en los momentos de su estancia y por último, la pensión de Colette, hasta que comió en casa de las hermanas Dufrane y los gastos de los días en que los almacenes estaban cerrados.

El déficit era inminente.

Aquella noche, con la carta en la mano, Juana olvidaba todas aquellas dificultades para pensar solo en lo que ésta pudiera decirle.

Cuando entró en su habitación arrojó el som-

brero sobre una silla, se sentó en otra y rasgó el sobre.

Entonces leyó con arrobamiento lo que sigue:

«Señorita Juana:

»Esta carta no os dirá nada nuevo.

»Estoy seguro de que habeis adivinado ya lo que contiene.

»Mi amor es de esos que son imposibles de ocultar.

»Desde el día en que os ví en el restaurant Follet, en donde entrásteis tan tímidamente con vuestra hermana, mi pensamiento no se ha separado ni un instante de vuestro querido recuerdo.

»¡Qué amable y buena es vuestra hermana, Colette!

»¡Cuánto os quiere!

»¡Qué sencilla y encantadora ternura os demuestra, y cómo la amaría yo si no estuviérais vos para absorber todo mi afecto!

»Tendré para ella una afección, una amistad de hermano, decidsele, os lo suplico.

»Por vos es otro sentimiento lo que me agita.

»Se llama amor; ¡y que otro nombre más encantador pudiera dársele! Pero es el amor profundo, el amor decidido, el amor que quiere vuestra felicidad más que la mía, un amor grande y vigoroso, un amor eterno.

»Comprendo que mi destino está ligado al vuestro, que no podría ser feliz más que con vos, y que si os perdiere me sería imposible consolarme.

»He dudado mucho tiempo ántes de enviaros esta declaración.

»Veinte veces he escrito cartas que he roto en seguida.

»Un escrúpulo me detenía.

»¡Qué puedo yo ofrecer os que sea digno de vos, de vuestra bondad, de vuestra juventud y de esa suprema distinción que en vos resplandece!

- »¡Juana, no poseo nada!
- »Mis padres se suicidaron por la miseria que les abrumaba y no tuvieron valor para soportarla.
- »Yo era entonces muy joven.
- »Apenas les conocí.
- »Un hermano de mi madre, casi tan pobre como ellos, fué quien me recogió.
- »Demasiado reducido ya en su miserable posesion, un despoblado que apenas merece que lo cultiven, se ha empeñado cada vez más para subvenir á los gastos de mi educacion.
- »¡Me llamo el baron Andrés de Fresnaye, como él se llama el baron Santiago de Brandes!
- »¡Pero qué tristes baronías!
- »Perteneceemos á una raza de hidalgos arruinados, sin recursos, y no tenemos, ni el uno ni el otro, las rentas necesarias para sostener el brillo del apellido, para lo cual seria necesario al ménos un resto de opulencia.
- »Es preciso que yo os lo diga todo con franqueza.
- »Mi tio tiene la debilidad de soñar esa opulencia para mí.
- »Rudo para consigo mismo, hubiera querido evitarme las humillaciones y las penas de la miseria, ó al menos de la estrechez en que estoy, sin duda, condenado á vegetar.
- »¡Yo no me forjo ilusiones, Juana!
- »Cuando desciendo al fondo de mi mismo, comprendo toda la vanidad de mis ambiciones.
- »Para abrirme camino entre la multitud de mis competidores, de mis maestros, y conquistarme un nombre célebre y una de esas reputaciones que fuerzan la fama y dan la riqueza, me seria preciso una gran energia para el trabajo, unida á una de esas inteligencias superiores que no bastan siempre para el éxito si no van ayudadas por la casualidad y por probabilidades con las cuales yo no podria contar previamente.
- »¡No me siento ni con esa inteligencia ni con tanto valor!

- »Me creo una medianía, y aun temo que no sea gran cosa.
- »Iré, es muy probable, á sepultarme en alguna ciudad de provincias, ó tal vez á alguna villa en donde ganaré con gran trabajo, como médico de aldea, lo estrictamente necesario para mí y para los míos.
- »Al suplicaros que unais vuestro porvenir al mio, debo deciros lealmente la verdad, pero no me atrevo á proponeros el matrimonio.
- »Eso seria para mí una inmensa felicidad y no tendria nada que envidiar á los privilegiados y felices de la tierra si consintierais en concederme el único bien que vale la pena de ser ambicionado, y que iguala á mis ojos á todas las riquezas del universo: vuestra mano.
- »Que vos me la prometáis, mi bella Juana, y yo trabajaré con un ardor que tal vez venza las dificultades y triunfe de todos los obstáculos.
- »Sé que mi tio tiene otras miras, muy inciertas y quiméricas, sin duda; pero me ama y poco á poco le atraeré á la idea de que queriendo mi felicidad, no puede asegurarla más que cediendo á mis deseos y queriéndooos como á mi me quiere.
- »Además, ¿podria él veros sin comprender la pasion que me arrastra á vuestros pies?
- »Ahora ya lo sabeis todo.
- »Estamos casi aislados los dos, perdidos en esa multitud que se precipita y se aplasta para llegar antes al fin.
- »Vuestra hermana os es muy fiel. Yo he podido apreciar el corazon de mi tio.
- »Sosteniéndonos y amándonos podemos llegar á formar aun una familia feliz.
- »Nuestra union será nuestra fuerza.
- »Decidme, os lo suplico, que consentis en lo que os pido.
- »Por ahora, lo que os pido es la satisfaccion de veros alguna vez, de pasar un instante á vuestro lado, hablar de nuestros proyectos, de esa casa perdida en el verdor de los campos, adonde iremos á cobijarnos si Paris nos recha-

za, consolarnos y ayudarnos en esta vida de privaciones en que luchamos cada uno por nuestra parte.

»La promesa de llevar mi nombre y participar de mi buena ó mala fortuna, es para el porvenir, Juana.

»¿Cuánto tiempo debemos esperar?...

»¿Quién puede decirlo?...

»¡Un año tal vez!

»¡Pero qué nos importa ese corto espacio de tiempo, si tenemos, para abreviar las horas, la idea de que seremos el uno del otro y de que ya nuestras almas están unidas por un lazo indisoluble y un juramento que para ambos será sagrado.

»Juana, os juro amaros á vos sola, á vos siempre, á vos únicamente.

»Y aunque me ofrecieran todas las riquezas de la tierra por separarme de vos, ¡y quién pensaría en esto, gran Dios! Os juro que nada conseguirían.

»¡Os amo, os amo, os amo!

ANDRÉS DE FRESNAYE.»

Al leer estas líneas, que respondían tan bien á sus propios sentimientos, Juana experimentó una deliciosa sensación.

¡La parecía que ya no estaba sola en el mundo, que ahora podía desafiar á todas las adversidades!

Volvió á leer la carta dos veces, y el interno la parecía el más admirable tipo del honor y de la caballerosidad.

¡Que diferencia de aquel que la escribía, á Servoz!

¡Que contrastel!

Andrés no la hablaba con el tono amenazador de Servoz, sino con una delicadeza que la lisonjeaba. Se arrodillaba ante ella y la suplicaba. Aquel era el amor respetuoso, lleno de abnegación, tal como ella lo comprendía y tal como lo había soñado.

Pero al mismo tiempo traía consigo la idea de un sacrificio para Andrés.

¿Podía ella consentirlo?

Indecisa, profundamente conmovida, miró hacia el exterior.

Las ventanas del interno estaban cerradas y la noche llegaba.

Se puso el sombrero y salió, queriendo reflexionar antes de contestar.

Todos los días seguían las dos hermanas el mismo camino para ir á casa, á fin de estar seguras de encontrarse cuando la una fuera en busca de la otra.

Juana tomó por el muelle y llegó al Puente Real y de allí al jardín de las Tullerías.

Llegaba al estanco, cuando vió á un hombre y á una mujer que iban hablando con cierta familiaridad.

El hombre era Servoz.

La mujer que iba á su lado, por la estatura y por el aspecto, parecía Colette.

Aunque no la veía más que por la espalda, Juana no dudó un momento.

Era ella.

¿Qué hablarían?

Protegida por un grupo de arbustos, esperó á su hermana.

Servoz encontraba á la jóven en las Tullerías con bastante frecuencia.

Era su camino común y naturalmente debían conocerse.

Resultó de aquellos encuentros una especie de amistosa intimidad entre ellos.

Siempre que pasaban el uno al lado del otro se dirigían alguna palabra.

La mayor parte de las veces la conversación recaía sobre Juana, por quien el primero de los empleados del Tisserand, tenía al parecer un vivo interés.

Colette se deshacía en elogios por su hermana.

Aquella tarde había sido muy feliz en encontrar á Servoz.

Acababa de decirle:

—Deberiais prestarme un servicio.

—¿Cuál?

—El de colocarme en vuestra casa ó buscar-me una colocacion en otra.

—¿No estais bien donde estais?

—Comprendo que no me será posible conti-nuar allí.

—¿Lo creeis así?

—¿Que si lo creo...!

—¿En este mundo se necesita valor para so-portar ciertas situaciones!—dijo Servoz con filosofia.

—Lo tengo, pero el valor tiene sus limites.

—¿Ocurren atrocidades en casa de Angela?—preguntó Servoz con tono medio serio medio jocoso.

—Esa es la verdadera palabra.

—¿Diablor! ¡contadmelas!

—¿Me guardareis el secreto? Sobre todo con mi hermana. ¡Pobre Juana, si supiera!...

—No tengais cuidado.

Iba hablar, pero cambió de parecer.

—¿Para qué?—dijo.—Esas historias no os enseñan nada. ¿No se parecen todas? Solo que, os lo repito, procurad ocuparme en vuestra casa.

—¿Envidiais la suerte de vuestra hermana?

—No lo oculto.

—Entonces, ¿ella se encuentra bien?

—Regular.

—Esperad algunos meses.

—¿Por qué?

—Ahora se despiden empleados. No se admiten. No encontrareis colocacion en ninguna parte.

—¿Algunos meses?—murmuró Colette.

—Tal vez algunas semanas...—dijo Servoz, estudiando con detencion el rostro de la joven.

—No es tan largo—añadió

—Eso depende de...

—Teneis prisa.

Colette se mordió los labios.

—¿Somos tan pobres!—dijo.

Servoz no respondió.

Dió algunos pasos en silencio alrededor del estanque.

—¿Dos jóvenes guapas como vosotras!—dijo al fin.

—¿Pues bien, si! Dos jóvenes, guapas como nosotras—repitió Colette,—pueden no tener para vivir y necesitar una colocacion.

—¿Estais en ese caso?

—Absolutamente. Necesitamos trabajar para vivir y si yo tengo una colocacion me es imposible conservarla. ¡Tanto valdria ir á los Folies-Bergere ó al Elisée-Monmartre, si quereis saberlo. No creo que se oigan allí cosas más feas, y es para desesperar del todo el saber el oficio que es necesario desempeñar en Paris para ganar el pan. ¡Estoy cansada! y creo á Juana muy feliz porque está tranquila y puede vivir trabajando. Yo no tengo tanta suerte. Buenas noches, señor Servoz.

—Buenas noches, señorita Colette.

Colette se volvió á Servoz, y le dijo:

—Sobre todo, ni una palabra á mi hermana. Se separaron.

Servoz siguió hacia la calle de Rivoli, y Colette bajó hacia el puente Real.

No habia andado veinte pasos, cuando sintió un brazo que se deslizaba por debajo del suyo.

Hizo un movimiento de sorpresa.

—No tengas cuidado, soy yo,—dijo Juana;—¿á quién hablabas?

—Al señor Servoz, tu jefe.

—¿Le ves?

—Algunas veces.

—¿Y qué te decia?

—Pretensiones; me detiene algunas veces para hablarme de ti. Sigue amándote. ¡Un enamorado más! A mí no me gusta... ¡Sus modales me ofenden! Pero le pedia...

—¿Qué?

—Que me colocara contigo.

—¿Y qué te ha contestado?

—Que ahora no, que más tarde...

—¿Quieres abandonar esa casa?

—¡Estáramos juntas!

Colette afectaba una gran libertad de espíritu. Ocultaba á su hermana sus inquietudes. Las tenía, sin embargo, graves.

Marcharon despacio por el muelle, sin hablar, escuchando, por decirlo así, sus pensamientos y mirando á las estrellas suspendidas en las profundidades del cielo.

Juana repasaba en su memoria las declaraciones de Andrés.

La otra pensaba en las aflicciones de que se veía amenazada.

Y Servoz, por su parte, entraba en su casa diciendo.

—Es tiempo de obrar.

Sin saberlo, Colette acababa de revelarle la amenazadora situación en que iban á verse.

---



---

### XIII

#### Señoritas de almacén.

Las inquietudes de Colette, ó más bien sus disgustos, no carecían de fundamento.

No faltan en París, á Dios gracias, comerciantes honrados á quienes una madre puede confiar sus hijas y quienes, bajo el punto de vista de la pura moral, están en condiciones de aspirar al premio Montyon.

Pero no faltan otros para quienes todos los medios son buenos, siempre que atraigan y sostengan la clientela.

Angela Dufrane era de estas últimas.

Si Marta, la hormiga trabajadora del enjambre, de que la fastuosa Angela era la reina, había hecho un gesto de contrariedad al saber que Colette era destinada á la venta, era porque conocía las próximas consecuencias de aquella elevación.

Su gesto equivalía á esta exclamación:

—¡Una más al fondo del mar!

Pero Angela se reía de los vanos escrúpulos. Ella no había echado los cimientos de su fortuna, que estaba á punto de redondearse, más

que usando medios cuyo empleo no pone á uno en condiciones de ser canonizado.

Se le atribuía en el comercio parisiense, una larga serie de amistades onerosas para aquellos que se dejaban seducir por los encantos de su persona.

Reunió el capital necesario para la adquisición de su casa por medios equívocos, de los cuales es mejor no hablar.

Entre sus admiradores mas entusiastas se encontraba algunos años antes Urbano Salvador.

Angela contribuyó á aumentar el déficit abierto en la fortuna del fogoso brasileño; pero él no odiaba á la potente matrona y continuaba protegiéndola, reclutando clientes entre sus conomicimientos.

Justo es decir que la mayor parte de las veces era él quien pagaba las facturas.

Desde la muerte de su tia habia recobrado su crédito, muy comprometido hacia ya años, y se lanzaba todos los dias en una nueva locura.

En verdad, tenia necesidad de aturdirse.

Su hotel de la calle de Chaillot estaba más brillante que nunca. Daba con frecuencia fiestas que degeneraban en orgías, y, segun la predicción de la señora Chambly, la danza de los millones volvía á empezar con más brio.

Con el rumbo con que Urbano Salvador hacia las cosas, la fortuna tan cuidadosamente conservada por su tia, no debía durar más que algunos años.

Por el momento, el heredero nadaba en plena opulencia y se entregaba á todas las licencias de una imaginación depravada.

Ahora bien, entre sus caprichos habia uno que dominaba particularmente su corazón.

Al encontrar á Colette en casa de su antigua querida, se habia dicho que no se le escaparía.

Colette no se parecia á esas muchachas acicaladas, demacradas, violentamente corrompidas, que constituan de ordinario sus delicias.

Habia en ella un encanto penetrante, una frescura de fruto sobre el árbol, un perfume

primaveral que no era él el único en apreciar.

Y era esto, sobre todo, lo que hacia á la desgraciada joven estar triste y lo que alteraba su humor siempre jovial.

Una continua procesion de extranjeros de todos los paises entraba en casa de las hermanas Dufrane.

Era lo que se llama una casa de comisionistas.

Este punto es difícil de fijar.

En esas clases de almacenes ó de talleres en boga, que tienen el mérito de mantener, en cuestion de modas, la supremacia del gusto parisiense en el Universo entero, Berlin, Lón-dres, San Petersburge ó Bucharest, sin contar las otras ciudades importantes de Europa ó América, se toman los modelos de trajes, de abrigos ó de sombreros, que expiden á todas partes y los esparcen hasta lo infinito.

En el extranjero se copia un *Rembrandt* de la calle de la Paz como un cuadro de un maestro en un museo.

Pues bien, los comisionistas, que sirven de medio para estos productivos asuntos, son tratados con una deferencia extrema por los patrones como Angela, á quienes ellos favorecen y enriquecen con una clientela que pudieran llevar á otra parte.

París, para esos alemanes del Pasaje, esos rumanos ó esos industriales del Perú ó de Bolivia, no es solamente la ciudad de los negocios; es, sobre todo y por excelencia, la ciudad del festin. Con raras excepciones, ellos afrontan los asuntos y los placeres.

Una joven hermosa en un almacen como el de las hermanas Dufrane, es un atractivo muy poderoso.

Si esta joven, impulsada por la necesidad de ganar dinero, se muestra fácil; si acepta, sin hacerse rogar, una comida ó un palco en un teatro de género, se convierte en un manantial de atracciones, de beneficios para la casa.

No se niega una petición á una mujer que sa-

be pagar de cierto modo las preferencias que con ella se tienen.

Colette, al entrar en casa de las hermanas Dufrane, no estaba iniciada en esta manera de conducirse.

Hay infamias que no se adivinan, y para las cuales se necesita una educacion especial.

No debía tardar en comprenderlas, comprendiendo al mismo tiempo el sentido de aquellas instrucciones de la patrona.

«La mayor complacencia es de rigor.»

La entrada de aquella joven de elegante aspecto, de educacion distinguida, que se expresaba en inglés y en alemán con una perfecta pureza, y que hablaba correctamente el español, producía una verdadera sensacion.

Angela estaba dotada de un ojo perspicaz.

Habia apreciado á Colette desde el primer momento, y se habia dicho:

—¡Vale tanto oro como pesal!

En lo cual, la patrona, á pesar de su consumada experiencia, se engañaba.

Colette tenia las cualidades apetecidas: la forma, la elegancia y la imaginacion.

Pero le faltaba el corazon, el valor, si se prefiere esta palabra.

¿Qué quereis? Aun cuando existan legiones de ángeles, existen tambien naturalezas rebeldes, á las cuales repugnan ciertas tareas.

La desgraciada Colette era una de ellas.

Durante los primeros meses fué el objeto del interés, de las atenciones y de las preferencias de los compradores.

Los veia á menudo en conferencia con la patrona. Por ciertas miradas significativas que la dirigian, comprendia que se ocupaban de ella.

Se ocupaban demasiado, efectivamente.

Angela les contaba su historia con espirituales consideraciones, describiéndola como la heroína de una aventura novelesca, lo cual daba más interés á la historia.

Aquella joven procedia de una casa de millo-

narios. Era una desheredada. Su educacion habia sido esmeradísima. Estaba en sus principios. Se asistia á algo como la aurora á la salida de una estrella.

Y la parecia, por el movimiento de los labios y por la expresion de los ojos, oír cuchichear á veces frases muy expresivas respecto á ella.

Se proponian ver quién derribaría primero á aquel pájaro raro y llegaría antes al deseado fin.

Los clientes no querian tratar mas que con ella.

Cuando se presentaba un comprador de distincion, se oia de un extremo á otro de los salones la áspera voz de la encargada de la tienda, que decia:

—¡Señorita Aubin!

La pobre joven se esforzaba en granjearse el afecto de todos por sus modales sencillos y dulces.

Pero se exigía más.

Después de algunos ensayos se abrió paso la impaciencia, y la consideracion que se tenia á la novicia de aquel extraño convento, se agotó.

Las súplicas empleadas en un principio para vencerla, tomaron apariencia de órdenes, y con frecuencia de amenazas.

A cada instante la repetian sin ceremonia.

—¡Quereis comer esta noche conmigo?...

—Tengo un palco en Variedades; lo he tomado con intencion de que me acompañeis.

Colette, después de haberse escusado, por no aceptar aquellas ofertas, invocando toda clase de pretestos, ensayaba doblegar á sus perseguidores con la gracia de su sonrisa. Nerviosa, impaciente por tantas impertinencias, negaba terminantemente los favores que se le pedian. Un dia, un berlinés, después de una persecucion inútil, se permitió decirle una porcion de groserias, sin que se ocupara de velarlas por ninguna fórmula de estilo, y la joven le arrojó á la cara esta contestacion desdeñosa:

—Decidme, ¿está incluido eso en la factura? Aquello fué un acontecimiento.

El berlinés era uno de los parroquianos más consecuentes.

Aunque la contestacion fué dada en el más puro alemán, las compañeras de Colette la comprendieron.

Se temia un estallido y la misma culpable esperaba ser despedida.

No hubo nada de eso.

La señorita Angela, que hablaba con Urbano Salvador, que habia vuelto á ser uno de los más asiduos concurrentes á la Plaza de la Magdalena, se limitó á hacer llamar á la rebelde Colette y la dijo:

—Señorita, espero de vuestra buena inteligencia que os conducireis mejor en lo sucesivo.

—Pero señora...

—No admito observaciones. No me mezclo en los asuntos de la dependencia. Lo que yo quiero son números, ventas. Lo demás no me importa.

—Os aseguro...

—¿Que tenéis buena voluntad?... ¿Y qué me importa á mi eso?—pregunto yo.—¡Conversacion! ¡Es preciso tener acierto! El triunfo lo es todo. ¡Los medios no importan! ¿Comprendeis?

—Pero...

—Marchad.

Ciertamente era bastante claro.

Colette sintió un vehemente deseo de decir las verdades á aquella solemne matrona cuya moral era tan ancha, pero se contentó con lanzar un profundo suspiro,

Servoz le habia dicho la víspera:

—No encontrareis ninguna colocacion en estas momentos.

¿Adónde iria si la despedían?

¡Si hubiera podido pasar de pronto aquellos dos ó tres meses que la indicaban como tan penosos!

Aturdida por el golpe, se quedó inmóvil de-

lante de Angela, hasta que oyó de nuevo la voz de ésta que, algo suavizada ya, la decia:

—¿Me habeis entendido?

—Sí, señora.

—Poned cuidado. Os interesa mucho.

Urbano Salvador seguía aquella escena, bastante frecuente en ciertas especialidades de París, con un interés marcado.

Sus ojos se fijaban en el rostro de Colette intentando encontrar los de ésta, pero ella lo evitó y volvió al salon de venta colorada como una cereza.

—No haremos nada de esta,—dijo Angela cuando estuvo sola con su antiguo amante?

—¡Eh, eh!—dijo el Brasileño—Es posible. Es de una naturaleza refractaria.

—Yo esperaba... no lo oculto. Si ella quisiera... ¡Es una perla!

—¡Pero no querrá!

—¿Estais seguro de eso?

—¡Lo que me lo hace creer es que ha rechazado otras cosas mejores!

—¿A vos, tal vez?

—¡A fé mía, tengo esa vanidad!

—¡Me admirais! ¡Entonces, es una tonta!...

—Segun y conforme. Otros dirán que es virtuosa.

—¡Oh! ¡la verdad!—dijo Angela con soberano desprecio.—¡Qué reporta eso!...

—No obtendreis nada, querida.

—Tal vez.

—¡Donde yo he naufragado, vuestros comisionistas en abrigos y trajes no pasarán. ¡Tengo el orgullo de creerlo así!

—No digais mal de los comisionistas, querido. La fortuna de vuestra excelente tia, esa fortuna que os cayó de las nubes tan oportunamente, no ha tenido otro origen, al menos en sus tres cuartas partes.

—Sea. El dinero no tiene olor. ¿A qué hora salen esas señoritas?

—Cerca de las ocho.

—Bueno.

—¿Quereis saber si sigue tan arisca?

—Es posible.

Urbano Salvador se levantó.

—¡Buena suerte!—le dijo Angela.

Y añadió con gran cinismo:

—¿No soy bastante buena? Hago votos por vos. Pero no me la echeis á perder ¡eh! Aquí será una fortuna.

Angela era un tipo de corrupcion, superior. No podía uno figurarse una moral más gangrenada que la suya. Pero se salvaba por su aspecto. Se imponía por su magestuosa solemnidad y sus modales de señora protectora de obras piadosas.

Al cabo de algunos años cuando se retirara con su dinero, *honradamente* adquirido, es probable que fuera la admiracion de las buenas gentes de su aldea y que el cura la tuviese por la mas estimable de sus feligreses.

Aquella noche á las ocho, como ella habia dicho, las oficialas de las hermanas Dufrane emprendieron el vuelo.

Colette estaba más disgustada que de ordinario. Iba sola y con la cabeza baja por la calle Duphot para llegar á las Tullerías, cuando en la esquina del boulevard fué detenida por un *gentleman* que la dijo:

—Tengo que hablaros.

Colette levantó la cabeza.

Era Salvador.

Antes de que tuviera tiempo de contestar, Colette se encontró empujada hácia una portezuela abierta, levantada y sentada en el almohadon de un cupé que estaba parado á la orilla de la acera.

Salvador se sentó á su lado.

—No temais nada—la dijo.—Quiero tener una explicacion con vos. Un simple paseo para hablar.

Colette estaba tan abatida que no se resistió. Conocía de hacia mucho tiempo al sobrino de su bienhechora.

Y además, ¡qué podría decirle peor que lo que

ella oía, desde por la mañana hasta por la noche, en aquella infernal casa!

—Hablad—le dijo con laxitud—os escucho.

El caballo, un vigoroso alazan, arrastraba el coche hácia los Campos Eliseos.

El verdor es allí de una milagrosa frescura. Es imposible encontrar en otra parte jardines más magníficos, cuando una ligera lluvia ha matado el polvo y refrescado el aire embalsamado de aquel admirable paseo, que vale tanto como los más espléndidos del mundo.

—No sois feliz, Colette—dijo Urbano al cabo de un instante.

—¡Oh, no! muy lejos de eso—contestó ella con su habitual franqueza.

—Os lo habia predicho.

—Es verdad.

Colette le miró de frente y le dijo:

—¿Y bien, qué?

Al dirigir esta pregunta á Salvador, Colette habia tomado un aspecto decidido y provocativo.

Debía estar cansada del cenagal en que se encontraba y de las miserias porque estaba sitiada desde su llegada á Paris.

Y, en efecto, su corazón se sublevaba de disgusto pensando en esto.

La triste experiencia que habia hecho de la vida desde que estaba en el mundo, aunque era valiente, la cansaba al fin.

Sobre todo, cuando pensaba en su Juana, una violenta indignacion fermentaba en su cabeza contra los hombres y las cosas.

¿Habian nacido para verse lanzadas como una pelota y servir de juguete á todo el mundo?

¡Ah, no!

Decididamente no queria rebajarse, envilecerse hasta ese estremo.

Y aunque vagamente, comprendió por la melancolia del rostro de su hermana, que Juana debía ser presa de las mismas inquietudes.

¡La una y la otra callaban!

Juana no se quejaba jamás; pero ¿no era el

deseo de evitar un disgusto á su hermana lo que la cerraba los labios y la impedía confiar sus inquietudes?

El Brasileño observaba á Colette con atención.

Se hubiera dicho que leía sus impresiones; tan marcadas estaban en la movilidad de sus facciones.

—¿De modo—repuso Salvador—que el mundo os parece peor de lo que pensabais?

—Horriblemente peor.

—¿Y os resignais á la condicion en que estais?

—No—respondió secamente Colette.

—¿Pues qué esperais entonces?

—Nada.

—¿Sin embargo, es necesario vivir!

Colette hizo un gesto de indiferencia y dijo:

—¿Cuando se puede!

—¿Tan desanimada estais?

—¡No estoy desanimada, estoy descorazonada!

No se irritó, y con el mismo acento, breve y claro, repuso:

—Puesto que me preguntais, os diré que hay momentos en los cuales me dan ganas de escupir á la cara á esos hombres que nos tratan como á objetos de venta, ó como á animales en feria. ¡Esta tarde, si no me hubiera contenido, yo no sé lo que hubiera dicho á esa miserable Angela! ¡Ella es quien más me indigna! ¡Qué mujer! ¡Si creará que yo no comprendo su intención!

Y Colette, con cómica verdad, imitó la entonación de la patrona:

—«¡La mayor complacencia es de rigor!» «El triunfo lo justifica todo.» ¡El triunfo! ¡Su fortuna! ¡Qué somos las unas y las otras más que un medio de atraer la clientela? ¡Oh, qué triste oficio el nuestro; pero qué vergonzoso el suyo! La miseria, la necesidad, pueden disculparnos; ¡pero ella que no carece de nada!

—Es preciso que la abandoneis.

—Eso se dice pronto. ¿Creeis que no lo inten-

to! ¿Y otra colocacion? Por lo demás, no me parece mal estudiar ese mundo que conocemos tan poco... ¡Quiero saber hasta dónde llega! Es una terrible leccion la que recibo; pero me servirá, os lo juro!

—¿Y cómo?—interrogó el Brasileño.

—Me preguntais demasiado. ¿Lo sé yo acaso?

—¿Qué os habia dicho yo?—repuso Urbano.—Que os forjábais ilusiones. ¡Que por todas partes seriais objeto siempre de las mismas persecuciones! Estad segura de que vuestra hermana no está más tranquila que vos.

—Sí—afirmó Colette, pero sin conviccion.

—¿Estais segura?

El Brasileño pronunció estas palabras con un tono tan irónico, que Colette se estremeció.

—No mucho—dijo turbada por algunos recuerdos que venian á su memoria.

—Juana es como vos, cien veces más bella que vos, para que esté tan tranquila como pretendéis. La paz no pertenece más que á las feas, ¡y aun esas!...

El cupé de Salvador seguia por la calzada de los Campos Eliseos.

Los mecheros de gas, resplandecian en medio del verdor violentamente alumbrado por extrañas alternativas de sombra y de luz.

—Escuchadme—dijo Salvador cogiendo una de las manos de la joven, que ésta no retiró. Seré franco con vos, porque os lo he dicho cien veces, ¡os amo! ó más bien, no quiero engañaros, no amo á nadie. No he amado jamás más que los placeres, el ruido y las diversiones; pero tengo una debilidad, un capricho violento, por vos y mucha amistad, que vale más que el amor, porque es más duradera. Hace tiempo que os temia como un obstáculo entre la fortuna y yo. Mi tia podia desheredarme por protegeros. Nuestros intereses estaban, pues, encontrados. Y vos sabeis, Colette, que los intereses son los que más nos dividen.

Urbano se sonrió á esta parodia de una celebre frase, y continuó:

—Hubiera podido evitaros penosos *debut*s, hubiera debido hacerlo. No he querido. La precipitación de vuestra hermana por marchar me lo impedía. Vuestra hermana tenía prisa por huir de Montiers. Se hubiera dicho que los pisos del castillo la quemaban los pies.

—Juana tenía razón. ¡Nuestra situación era tan falsa!

—Sea. Era bueno que conociérais el mundo. Sabiendo lo que vale, debíais ser más fáciles. Bellas como vosotras, instruidas y espirituales, las jóvenes tienen dos caminos ante sí. El del trabajo, que es árido, y el del placer que es ancho y cómodo. Con vuestro intrépido valor habéis elegido el del trabajo. Para unas cuantas privilegiadas que entran en una de esas casas, muy raras, en que son respetadas, encontrareis millares de ellas, atormentadas por esas persecuciones imperiosas que os abruma y os disgustan. ¿Cómo podría ser de otro modo? Y cuanto más descendáis, más odioso os será el espectáculo. ¿Por que queréis que vuestra hermana sea más feliz que vos? Una joven tan hermosa como ella, es una flor cuyo perfume quieren respirar los hombres, un anillo que todo el mundo quiere ponerse en el dedo. Un poco antes ó un poco después, vencidas por el enemigo, ceden á las persecuciones de que son objeto. El provecho es para ellas ó es para nosotros, según que sean de inteligentes ó no. Os he dejado tiempo de reflexionar seguro de que me escucharíais al fin. Sabía donde estabais. Os he vuelto á ver con alegría. Os encuentro más encantadora que nunca, más hechicera. Ya veis lo que valen los hombres. Yo no me creo mejor que los demás, pero seré al menos más generoso. Vuestra suerte está en vuestra mano, Colette, todo lo que pidáis os lo daré. Imponed condiciones.

Colette movió la cabeza.

—No—dijo—aún no.

—¿Qué esperáis?

—Voy á deciros lo que espero. Espero á que

se me haya probado, á mi, Colette Aubin, resignada á todo para vivir honradamente, que en este maldito París no pueda aunque sacrifique mi tiempo, mi descanso y mi salud, subsistir con mi trabajo. ¡Entonces, pero solo entonces, será cuando me rinda!

—¿Convenio hecho?

Colette se inclinó.

—No me inquieto por el desenlace—dijo Urbano.

Y se deshizo en protestas, juramentos y promesas, alentado por la proximidad de aquella joven tan encantadora y tan deliciosa, como él decía.

Trató de darla un beso.

Ella le rechazó con suavidad.

—Adios—le dijo.

—¡Ya!

—Es preciso que os abandone. Además, ¿qué nos queda ya que decirnos?

—¿Está prometido?

Colette murmuró:

—Sí.

—Hasta la vista, pues. ¿A donde queréis que os conduzca?

Al Puente Real.

—Sea.

Cuando Colette entró en su habitación, encontró á su hermana inclinada sobre una hoja de papel en la cual, con una magnífica letra inglesa, había trazado algunas líneas.

La mayor cogió en sus manos los cabellos de la rubia y los besó.

—¿Escribes?—la preguntó.

—Ya lo ves.

—¿A quién? ¿A él?—dijo Colette para inquietarla.

No creía ella decir tanta verdad.

—Lee—dijo Juana.

Era un hermoso grupo el de aquellas dos cabezas que se tocaban, mientras la rubia continuaba escribiendo y la morena seguía con sus ojos la pluma que corría sobre el papel.

Era en efecto á Andrés de Fresnaye á quien Juana escribía.

Desde la vispera lo habia estado pensando. Durante toda la noche, que pasó sin dormir, y todo el dia en el almacén, no dejó de pensar en las declaraciones de Andrés.

Contenta en un principio, habia pensado despues que el amor de su vecino podria no ser más que pasajero; que sin duda lamentaría despues el sacrificio de sus ambiciones de familia y una determinación poco reflexionada.

¿Además, para qué comprometerse puesto que ni el uno ni el otro eran libres de unirse aun, y que en su incierta situación no poseían ni un asilo en donde cobijar sus jóvenes amores?

Juana respondía á la vez, con su corazón y con su razón.

«Caballero: Mentiria si os dijera que vuestra carta no me ha conmovido.

»Estoy profundamente emocionada. La delicadeza de vuestros sentimientos responde á la idea que de ellos me habia formado.

»Si fuera rica, tendria más libertad para decirlo que pienso.

»Pero soy pobre, hasta el punto de que el dia siguiente no está asegurado ni para mi hermana ni para mí.

»Sin familia, sin sosten, sin amigos, me es grato saber que podemos inspirar aún alguna simpatía, y la vuestra nos es preciosa.

»Parte de un corazón noble.

»¿Pero qué podemos ser más que hermanos en medio de este París, en donde nuestra familia, esa familia de cuatro, que vos soñais, estaria condenada á una miseria cierta?

»¿Cómo aceptaríais cargas que os abrumarian y llegarían á ser para vos el más pesado de los impedimentos y el mayor de los obstáculos?

»Creed en mi inexperiencia.

»Sé poco; pero las desgracias de mi vida han madurado demasiado pronto mi espíritu.

»Seguid los consejos de vuestro tío.

»El es más perspicaz que vos, y su desinteresado afecto le da una doble vista que nosotros no podríamos tener, ni el uno ni el otro.

»Dejad correr el tiempo sobre deseos que él borrará tal vez, y sobre un naciente afecto que no ha tenido tiempo de tomar fuerza.

»Esperad.

»Si más tarde persistís en los sentimientos que me pintais con tanto encanto, me volveréis á encontrar tal como soy, es decir, pobre y expuesta á todas las dificultades contra las cuales luchamos mi hermana y yo.

»Las almas desinteresadas son muy raras.

»No teneis que temer peligrosas rivalidades.

»¿Quién pensará en jóvenes desgraciadas, en nuestras condiciones? Y en último caso, las buscarían para perderlas y no para salvarlas.

»No me cansaré de daros gracias, porque seis el único, de seguro, que tendrá la generosidad de hablarnos en la forma que vos lo haceis.

»¡Hablais de verme!

»Os ruego que no lo intentéis.

»Para qué alimentar una pasión de juventud —escribo esta palabra con una triste sonrisa en los labios— que no podria ser, para vos y para mí, más que origen de penas, puesto que vuestros propósitos son irrealizables.

»Os doy las gracias una vez más, y creed que si estuviera en mis manos poder daros la felicidad, no dudaría en dárosla á cambio de las simpatías que demostrais á estas dos abandonadas.

»JUANA AUBIN.»

Quando Colette hubo concluido la lectura de aquella carta llena de tanta melancolía, se sentó al lado de su hermana, y cogiéndola las manos, la dijo:

—¿Es al señor de Fresnaye á quien escribes así?

—Sí.  
 —¿Qué te decía él?  
 —No me acuerdo. Que me adora: que está apasionadamente enamorado; que te querrá á ti como á una hermana...  
 —¿Y qué más?  
 —Que quiere casarse conmigo.  
 —¡Toma, toma, toma! ¿Pero sabes una cosa?...  
 —¿Cuál?  
 —Que esa resolución es de un corazón bueno.  
 —En efecto; si fuera realizable.  
 —¿Que, no lo es?  
 —No.  
 —¿Por qué?  
 —¡Es tan pobre como nosotras!  
 —¿Y qué importa eso? Pues qué, mi padre y mi madre no eran felices en Barfleur?  
 —¡Ay!  
 —¿Te acuerdas, Juana, cuánto nos amaban? La rubia inclinó la cabeza sobre el pecho.  
 —El dinero no es tan necesario para la felicidad! ¿Quisiera Dios que estuviésemos como ellos allí, sin tener nada, pero libres, independientes! ¿Vas á desesperar á ese pobre joven!  
 —El se consolará, y antes de lo que tú piensas.  
 —¿Pero tú?—preguntó Colette dirigiendo sus negros ojos á los de su hermana.  
 —¿Qué quieres decir?  
 —¿Te consolarás tú tan fácilmente?  
 —¿De qué?  
 —De haber rehusado... porque le amas!  
 —¿Qué sabes tú?  
 —¡No mientas, querida hermana!  
 —¡Pero!...  
 —Aunque no tuviera más pruebas que esas dos lágrimas que hablan aquí—tocó con el dedo las largas pestañas de Juana—luchando por no mostrarse...  
 —¡Cállate!  
 En efecto; el corazón de la pobre joven se henchía y sus ojos estaban húmedos y brillantes.

Colette la preguntó con dulzura:  
 —¿De modo que estás completamente decidida.  
 —Sí.  
 —¿Vas á enviar esa carta?  
 —Al instante.  
 —¿Y si yo se lo digo todo?  
 Juana puso la mano sobre los labios de su hermana.  
 —Guardate bien de hacerlo—la dijo.—Si Andrés me ama realmente, esa pasión de que me habla no se extinguirá tan pronto. Con el tiempo, lo que hará será aumentar. Si entonces vuelve á mí, veremos. ¡Si ese amor ha de morir por sí solo, que muera!... No merecerá entonces que yo lo sienta.